

Volver a Rosas: los intelectuales autoritarios y la compleja herencia positivista en la rehabilitación histórica del rosismo *

Olga Echeverría **

1. Introducción:

Uno de los grandes temas de la historiografía argentina ha sido, indudablemente, el gobierno de Juan Manuel de Rosas. La investigación, o al menos las miradas a la experiencia rosista han sido constantes en los ámbitos político-intelectuales y pareciera que en ese período y en esa figura de la historia argentina se resumiesen todos los conflictos, procesos y contradicciones de la organización nacional. También desde los espacios más estrictamente académicos el estudio de la época de Rosas ha sido una problemática importante desde el propio siglo XIX y a lo largo de este siglo.

En virtud de todo esto, el estudio del rosismo es el que ha desatado las mayores pasiones de la historiografía argentina, y ha permitido construir un amplio abanico de posibilidades interpretativas. Los múltiples enfoques han rastreado al Rosas estadista, al gobernante, incluso al individuo. Como decíamos anteriormente ya en el propio siglo XIX sus contemporáneos y las generaciones siguientes mostraron un fuerte interés por ese período tan intenso de la historia argentina y que tan cerca estaba de la memoria y de las prácticas políticas del momento. Iniciado el siglo XX, la figura y el gobierno de Rosas han sido estudiados -y siguen estudiándose- con múltiples visiones y objetivos, donde los fines políticos no fueron ajenos. Sin embargo, nuestro propósito se aleja de la imagen de Juan Manuel de Rosas y de su controvertido gobierno para acercarse a la interpretación que de él realizan los intelectuales del autoritarismo (que hacia 1939 confluirán en la conformación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, institución central del

* Este trabajo forma parte de un proyecto mayor que se realiza bajo la dirección de la profesora Susana Bianchi en el ámbito del Programa "Actores, Ideas y Proyectos Políticos de la Argentina Contemporánea". Instituto de Estudios Histórico Sociales "Prof. Juan Carlos Grosso", UNCPBA.

** Instituto de Estudios Histórico Sociales "Prof. Juan Carlos Grosso", UNCPBA.

llamado Revisionismo Histórico Argentino¹) y los vínculos que éstos establecen con la compleja herencia que legaron los pensadores positivistas que estudiaron la época en cuestión. Si bien nuestro análisis se sustentará en la producción historiográfica de los fundadores del revisionismo, queremos dejar en claro que se trata sólo de una parte de un fenómeno más amplio, que abarcó una gran gama de manifestaciones y un importante número de pensadores y políticos.

Con el objetivo enunciado precedentemente haremos referencia a algunas de las obras de Julio Irazusta, de Ernesto Palacio y de Carlos Ibarguren, para confrontarlas luego con los escritos de Ernesto Quesada y Adolfo Saldías, representantes del liberal-positivismo y que en más de una oportunidad fueron considerados, por los propios revisionistas, como los iniciadores tempranos de esa línea de relectura de la historia.

2. La reacción antidemocrática y la recuperación histórica de Rosas

Hacia la década del 20 -plena crisis del liberalismo- comienza a plasmarse en Argentina una corriente autoritaria y elitista conformada, entre otros, por jóvenes universitarios descendientes -en su mayoría- de familias tradicionales del interior del país, por prestigiosos intelectuales e incluso por políticos de dilatada trayectoria en partidos liberales, que comenzaron a mostrar su desconfianza en la capacidad y eficacia de aquel programa político. Como se comprenderá se trataba de un complejo heterogéneo y multiforme unido, básicamente, por el deseo de trastocar fuertemente la realidad política.

Se sentían, en parte, desplazados por el avance de la élite terrateniente pampeana y amenazados por la creciente masificación de la sociedad y por el ingreso de sectores medios a las aulas universitarias y a la burocracia estatal, y comenzaron a insinuar que el proyecto liberal ya no era garantía de orden, sino que, por el contrario, paulatinamente se convertía en una amenaza ya que no podía o no sabía poner límites a los anhelos participativos y democráticos. Los regímenes dictatoriales se les presentaban pues como una alternativa viable y necesaria.

Surgieron entonces variadas manifestaciones antidemocráticas y autoritarias. Recordemos, en primer lugar, a Leopoldo Lugones que desde los tempranos años 20 venía reclamando la intervención militar en la política. Como es sabido, en 1921 Lugones inició con vehemencia su militancia política de derecha y comenzando a ganar renombre como paladín del militarismo, pronunciando en 1924 el hoy famoso discurso de Ayacucho, conocido como "La hora de la espada". En esa proclama, Lugones reivindicaba la acción de las armas como las únicas que habían aportado soluciones en la historia del país, al tiempo que afirmaba que la nueva hora de la espada:

"implantaré la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo (...) Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma

¹ Debemos aclarar que buena parte de las obras de esta corriente que analizaremos fueron escritas con anterioridad a la institucionalización del movimiento revisionista, sin embargo las premisas y las conclusiones a las que arriban nos permiten englobar a toda la producción como parte de un todo.

vacante que el destino ofrece el jefe predestinado, es decir un hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin ley porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad (...) La vida completa se define por cuatro verbos de acción, armar, combatir, mandar, enseñar (...) La vida misma es un estado de fuerza".²

Indiscutiblemente autoritario y militarista, sostenía que el pacifismo era sinónimo de miedo; y la dignidad y la gloria eran hijos de la valentía y la acción. En este contexto, el ejército aparecía como el último reducto de la aristocracia que podía restablecer las jerarquías y el orden poniendo fin a un "sistema constitucional que está caduco desde el siglo XIX".³

Consideramos que buena parte de la apelación militarista lugoniana está reflejando una concepción de la violencia como medio purificador, donde el ejército aparecía como escuela de moral y patriotismo:

"la gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso de verdadero varón yergue su oreja el león dormido. (...) En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquella. En esto consiste su deber y su sacrificio. (...) El ejército es la última aristocracia. (...) Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza"⁴

Lugones mantuvo firme su crítica a la sociedad masificada, su desprecio por los débiles, su rechazo a la democracia burguesa y al sistema electoral y su reivindicación del "super hombre". Así, de igual manera que había expresado su admiración por los soldados espartanos, reivindicaba luego al ejército contemporáneo como único ámbito no contaminado por la "cobardía" del mundo burgués, cuya expresión más cabal era la participación política de la sociedad masificada:

"...me causa repulsivo frío la clientela de la urna y el comité".⁵

La nación misma era producto de la fuerza, y sólo por medio de la fuerza podía crecer y mantenerse. Debía ser:

"...en la realidad triunfante del bienestar y la fuerza".⁶

A riesgo de ser reiterativos veamos una definición más de Lugones donde aparece, clara y abiertamente, su veneración por la potencia y por lo que llamamos su concepción de la violencia como arma purificadora:

² Leopoldo Lugones: "El discurso de Ayacucho", en *La Patria fuerte*, Ed. del Círculo Militar, Buenos Aires, 1930, p. 194 y ss.

³ *Ibid.*, p. 194.

⁴ Leopoldo Lugones: "El discurso de Ayacucho", *cit.*, p. 195.

⁵ L. Lugones: *Antología de la prosa*, Buenos Aires, Centurión, 1949, p. 368.

⁶ *Ibid.*, p. 33.

“Ante la democracia ideológica y siempre falaz de los derechos del hombre, se alza ahora la realidad de la nación. *Ante el gobierno consentido, el mando. Ante el racionalismo, la disciplina. Ante la libertad de las fórmulas, el bienestar de los hechos. Porque libre y justo, solo puede serlo el sano y el fuerte*”.⁷

Decíamos antes que la glorificación de la fuerza fue asociada a la reivindicación de los hombres de armas y que para Lugones la autoridad era privilegio de los “mejores”. Según el poeta había que imponer:

“...la superioridad personal. No concebimos al jefe sino en el general o en el caudillo”.⁸

En el contexto de crisis y agitación política en que se vivía a comienzos del siglo, el ideario lugoniano sirvió de argumento y se constituyó en piedra fundamental de una corriente política e intelectual muy heterogénea que por aquellos años se manifestaba, principalmente, a partir de la conspiración contra el gobierno de Yrigoyen y en la crítica al sistema democrático como forma de encarar la política, se trataba, en definitiva, de una profunda desconfianza con respecto a las ventajas del sistema liberal-burgués. Dentro de la heterogeneidad de ese grupo en formación el marcado y militante anticlericalismo lugoniano y sus elaboradas propuestas de “progreso nacional” lo hacen fácilmente diferenciable de los otros referentes de la derecha argentina. Sin embargo, su reivindicación del pasado remoto en contraposición con el presente y el pasado cercano que consideraba mediocre y débil, su total desprecio por la masa burguesa y su manifiesto paternalismo hacia la clase trabajadora, sumado a su militarismo autoritario permitieron que se vinculara, y que fuese considerado maestro y guía por las figuras de esta tendencia antidemocrática, en su mayoría claramente reaccionarias y católicas como lo fueron los jóvenes editores del periódico político *La Nueva República*. En este sentido Federico Ibaguren dirá: “eramos lugonianos hasta la médula”.⁹

Lugones se constituyó y fue constituido como el abanderado del autoritarismo, pero su tarea siempre estuvo signada por su individualismo y por un relativo aislamiento voluntario con respecto a los grupos políticos de derecha que comenzaban a surgir. Muy por el contrario los jóvenes intelectuales y periodistas, que bajo la dirección de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio y Juan Emiliano Carulla pusieron en circulación un periódico político denominado *La Nueva República*, buscaban conformar una corriente política con capacidad de convocatoria. Al parecer, el periódico surgía después de una serie de reuniones entre personas de diferente procedencia, pero que tenían en común su dedicación a tareas intelectuales y la convicción de la supremacía social y política de los letrados:

“En medio de esta euforia, un grupo de jóvenes escritores procedentes de los más

⁷ Leopoldo Lugones: *La Patria Fuerte*, op. cit., p. 70-71. El subrayado es mío.

⁸ Leopoldo Lugones, *Ibíd*, p. 229. En una cita anterior, se veía que Lugones hablaba de la necesidad de “un jefe predestinado, es decir un hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin ley”.

⁹ Ibaguren, Federico: *Orígenes del nacionalismo argentino, 1927-1937*, Buenos Aires, CELCIUS, 1969, p. 14.

diversos sectores políticos, se reunía y conversaba acerca de una revista que sometiera aquella brillante apariencia [en relación al auge económico del país] al cernidor de una crítica rigurosa".¹⁰

A primera vista, y según sus propias palabras, el grupo era heterogéneo. Sin embargo, si se analizan las trayectorias políticas y socio-culturales, tanto como los modelos de organización social en que estaban pensando todos los miembros de *La Nueva República* las diferencias parecen más difusas y pueden advertirse con claridad las mismas pretensiones autoritarias, jerárquicas, elitistas y antidemocráticas. Podría pensarse que este reagrupamiento de individuos provenientes de diferentes espacios está demostrando que el ideario de *La Nueva República* no era un pensamiento absolutamente marginal, sino que refleja que buena parte de los sectores políticos estaban "derechizando" sus discursos y sus orientaciones político-ideológicas. Al respecto, es significativa la referencia que realizan sobre la presencia de radicales -antipersonalistas, e incluso yrigoyenistas-, lo que estaría demostrando que dentro del propio partido gobernante habría desconfianza hacia las ventajas de la democracia liberal.¹¹

Asimismo, como hemos visto, también los unía un vínculo generacional. A lo largo de las páginas de *La Nueva República* pueden verse las referencias a la edad de los integrantes del grupo, a la misión de la juventud argentina -de una parte de la juventud argentina, claro está- llamada a terminar con los errores de las generaciones pasadas. Se autodefinieron como un órgano generacional¹² destinado a cumplir esa importante misión.

"Fortalecida en el estudio de la mejor tradición nacional la juventud argentina digna de ese nombre rinde el homenaje de su respeto al genio político y al buen sentido superior de quienes realizaron la organización del país, no obstante los errores intelectuales que profesaban."¹³

Estos jóvenes, que hacían más referencias y reverencias al pasado -a un ayer remoto y construido, imaginado- que al futuro, presentaron a Yrigoyen como el más inmediato de los enemigos para la sociedad estática y jerárquica que pretendían imponer. Una vez legitimada

¹⁰ Julio Irazusta: en prólogo al *Pensamiento político Nacionalista*, tomo 1: *De Alvear a Yrigoyen*, Buenos Aires, Obligado, 1975, p. 2.

¹¹ "El grupo era numeroso, los propósitos de unos y otros dispares. Había entre los interlocutores, católicos tradicionales o conversos recientes, maurrasianos, conservadores, antipersonalistas, e yrigoyenistas, nacionalistas de actuación flamante y empíricos puros. (...) pese a tal tendencia ningún socialista habló entonces con nosotros" en Julio Irazusta: *Memorias, historia de un historiador a la fuerza*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires, 1975, p. 176.

¹² Julio Irazusta: *Memorias...*, op.cit., p. 177.

¹³ Ernesto Palacio: "Organicemos la contrarrevolución", *La Nueva República*, N° 1, op.cit. Esta cita, entiendo, pone de manifiesto la compleja relación que este grupo de jóvenes tenía con la llamada generación del 80. Por un lado se les reconoce una enorme capacidad organizativa y talento político. Pero por otro lado, se la acusa de errores intelectuales, se les critica algunos de sus principios ideológicos. Considero que las palabras de Palacio reflejan muy bien la misión que los neorrepublicanos decían que debían cumplir: ser la nueva generación organizadora, ahora bajo los parámetros de un nacionalismo discursivo y basado en el autoritarismo y las jerarquías del hispanismo tradicional.

y reivindicada la intolerancia y la superioridad de unos pocos, los inmigrantes y los obreros fueron entendidos como resultados indeseables del proceso de destrucción de la identidad nacional ineludiblemente unida a la tradición hispano-católica. En todos los discursos y en cuanta oportunidad se les presentaba manifestaron que la causa última de la "degeneración" intelectual, política y cultural que se vivía provenía de los sofismas y de la "sensibilidad" revolucionaria. Y contra ella había que reaccionar:

"Frente a esta conspiración de fuerzas enemigas, debemos emprender sin demora una labor constante y metódica, en nombre de la salvación nacional. (...) Nos corresponde iniciar la contrarrevolución de los espíritus"¹⁴

En esta tarea, entendida como enorme y polivalente, no estuvieron solos. *La Nueva República* fue un grupo particularmente activo en la propaganda conspirativa, pero junto a ellos, y unidos en la misma causa aparecen otros grupos -como el surgido a partir del periódico *La Fronda*, dirigido por Francisco Uriburu- y algunos personajes de prestigio intelectual como Carlos Ibarguren, otro personaje clave en la conformación del revisionismo histórico: pensador, docente y abogado, fundador y ex dirigente del Partido Demócrata Progresista¹⁵, vinculado por lazos familiares con los Anchorena y los Uriburu, que fue parte activa y comprometida con el golpe de estado de 1930 que encabezó su primo el general Uriburu. Ibarguren era docente de Historia Argentina en la facultad de Filosofía y Letras, y desde 1922 estaba interesado en recuperar la historia del rosismo, daba cursos y preparaba su libro: *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su tiempo, su drama*. En esta obra publicada en 1930 su autor justificaba la tiranía ya que entendía que era la única herramienta que podía hacerle frente a la anarquía.

En los sucesos de septiembre, Ibarguren asumió más que un rol dirigente, un papel legitimante del nuevo régimen, ya sea a través de su figura como docente y jurista, como por medio de la creación de una historia funcional al modelo antidemocrático que anhelaba que se impusiese definitivamente para la sociedad argentina. Buscaba, por tanto, enraizar el régimen político emergente con ciertos sucesos y momentos del pasado argentino, conectarlo directamente con la exaltación y el respeto por la patria: con un concepto absoluto de patria. Esta glorificación del patriotismo estaba investida de cierto carácter sagrado y trascendente. Se trataba, entonces, de generar una credibilidad para el régimen. Creemos oportuno remitirnos a unas palabras de Eric Hobsbawm acerca de la utilización del concepto de *patriotismo*, que si bien hacen referencia al caso europeo puede ser aplicado a la realidad argentina: "...la esencia del nacionalismo original de *derechas* que apareció en las naciones-Estado ya existentes, era reclamar el monopolio del patriotismo para la extrema derecha política y, en consecuencia, calificar a todos los demás grupos de traidores."¹⁶

Por su parte, durante la preparación y posterior consumación del golpe de estado de 1930 algunos de los miembros de *La Nueva República* -los hermanos Irazusta y Ernesto

¹⁴ Ernesto Palacio: "Organicemos la Contrarrevolución", en *La Nueva República*, N°1,1 de diciembre de 1927.

¹⁵ Por esta corriente política fue candidato a vicepresidente de la nación en 1922.

¹⁶ Hobsbawm, E.J., *La Era del Imperio*, Barcelona, Labor, 1989, p. 144.

Palacio- estuvieron alejados de la producción intelectual, pero una vez superada esa coyuntura y al mejor estilo maurrasiano plantearon que la historia debía servir para hacer una profunda revisión del pasado y asumieron, por lo tanto, el estudio de la historia como una actividad militante impostergable. Se acercaron entonces a otros pensadores vinculados con el golpismo, como el ya mencionado Carlos Iburguren que desde un tiempo atrás sostenía la necesidad de reescribir la historia argentina y, por ende, cuestionar la versión historiográfica de corte liberal y había dado los primeros pasos hacia la construcción del revisionismo y la elaboración de una “contrahistoria” como la denomina Diana Quattrocchi-Woisson.¹⁷

Indiscutiblemente, entre todos los posibles períodos y aspectos de la historia argentina, el estudio del rosismo se constituirá en objetivo y razón de la actividad. Se sostenía que la reescritura de la historia debía comenzar por la reconsideración del rosismo, proceso borrado de la memoria histórica liberal. Hecho evidente que no alcanza, sin embargo, para explicar el interés demostrado por la problemática época de Rosas; entendemos que la necesidad de legitimar el régimen político que pretendían imponer, de claro corte autoritario, los lleva a buscar experiencias en el pasado que demuestren, por un lado la viabilidad de dicho modelo en la historia nacional, y por otro cuestionar fuertemente el fundamento intelectual del régimen liberal-burgués elaborado a partir de la derrota y el silenciamiento sobre la época de la dictadura rosista.

Iburguren sostendrá que la unificación de todos los poderes públicos por parte de Rosas se había realizado bajo la mirada complaciente de la mayoría de la sociedad:

“Juan Manuel de Rosas se proclamaba así, en tirano ungido por Dios. El no había usurpado el gobierno a la voluntad popular, ni arrebatado el mando por un golpe de audacia o por un motín de cuartel. No se imponía por sorpresa violenta (...) Aceptaba la primera magistratura investido por el pueblo con la suma del poder para usarlo sin limitaciones, a fin de dominar la anarquía política y social, restaurar el orden y defender la religión.”¹⁸

Queda claro que según Iburguren la sociedad argentina había avalado la imposición de un gobierno dictatorial. La historia se invoca de acuerdo a los intereses y necesidades presentes, como también lo refleja el siguiente comentario que realiza Iburguren en el capítulo final del libro:

“Fiel a su visión medioeval y *reaccionaria*, [Rosas] consecuente con las convicciones que siempre mantuvo, juzga que una de las causas provocadoras de los males sociales es la libertad de enseñanza, porque a causa de ella (...) se propagan las malas semillas de la revolución y la impiedad”¹⁹

¹⁷ Diana Quattrocchi-Woisson: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé editores, 1995, capítulo 3.

¹⁸ Carlos Iburguren, *ibid.*, p. 315-316.

¹⁹ Carlos Iburguren, *ibid.*, p. 464. El subrayado es nuestro. La Nueva República había impuesto, a los grupos “nacionalistas” la costumbre de autodenominarse reaccionarios.

Con esta misma lógica puede interpretarse la siguiente afirmación de Julio Irazusta:

“Dos motivos fundamentales operaron en el ánimo de Rosas. Uno en sentido conservador, otro en sentido revolucionario. (...) debían apartarlo de un régimen que, a partir de 1821, se orientaba cada vez más hacia el liberalismo anticatólico, volvía al vómito anticlerical de los primeros años de la revolución [en referencia al movimiento de 1810], lo que había en Rosas de conservador se sublevó contra el liberalismo del partido dictatorial (acaudillado por Rivadavia). De otro lado, lo que en él había de accesible a la persuasión, de facilidad para enriquecer sus nociones acerca del interés nacional debía llevarlo a comprender toda manifestación de novedades ignoradas o combatidas por aquel mismo partido, el partido directorial, cuya característica a lo largo de nuestra historia ha sido un dogmatismo político tan exagerado como su antidogmatismo religioso.”²⁰

Como todo proyecto político los intelectuales del golpismo pretendían construir “su historia”, enraizar sus propuestas y modelos con ciertos sucesos, momentos y figuras del pasado argentino. No se trataba de recuperar un aspecto inerte del pasado, sino de un recorte intencional con sentido contemporáneo como ha dicho Raymond Williams.²¹ Ibarguren en otro libro, *En la penumbra de la Historia*, publicado en 1932 decía que

“Conociendo bien nuestro pasado lo amaremos mejor, y amándolo se afirmará el espíritu argentino en la tradición nacional”²²

En este libro, según indica su autor, se buscaba recuperar personajes y momentos del pasado argentino que estaban borrados de la historia y de la memoria nacional. La publicación de 1932 se constituyó a partir de la recopilación de una serie de artículos aparecidos originalmente en la sección literaria del diario *La Prensa*, durante el mismo año de la edición del libro.

En toda la producción de Ibarguren, de Irazusta y de otros intelectuales del autoritarismo hubo, como decíamos, un claro intento de resignificar valores y tradiciones en virtud del modelo político e ideológico que sustentaban los hombres precitados. Con esta misma lógica, en un artículo muy sugerente titulado “La amargura del general San Martín” Ibarguren dirá que éste miraba

“...con horror la demagogia y su mentida verborragia que ocultaba tras un falso liberalismo las ambiciones de los políticos profesionales que buscaban los sufragios adulando al pueblo.”²³

Dicha visión de la historia muestra una similitud prácticamente absoluta con los discursos

²⁰ Irazusta, Julio: *Ensayos sobre Rosas*, Buenos Aires, Tor, 1936.

²¹ Raymond Williams: *Marxismo y Literatura*.

²² Carlos Ibarguren: *En la penumbra de la Historia*, Buenos Aires, La Facultad, 1932, p. 5.

²³ Carlos Ibarguren, *ibid.*, p. 18.

emitidos por estos sectores antidemocráticos para caracterizar el momento histórico que atravesaba Argentina en los años previos al golpe de estado de 1930:

“...Quince años de demagogia, han bastado para desquiciar todos los organismos del Estado, para establecer entre éste y el país esa clase que se denomina partidos, y que está constituida por los usufructuarios del poder. Esta multitud, esta enorme empresa de explotación del país (...) ha desarrollado en la sociedad la mas grave de las desviaciones.”²⁴

“La generación a que pertenecemos tiene ya bien definida su misión en la historia de la cultura Argentina. Al revisar su patrimonio, *nuestra juventud (la que cuenta)* ha podido comprobar la vaciedad de las ideologías democráticas y liberales con que se nutrieron sus antecesores inmediatos. Reconoce, en consecuencia, la necesidad de reaccionar contra ellas”²⁵

Dejemos que sea el propio Ibarguren el que hable del gobierno radical:

“...la situación desastrosa causada por el gobierno del señor Yrigoyen (...) [lleva a reaccionar] contra los vicios del régimen democrático individualista y en proceso degenerativo”²⁶

Ahora bien, si analizamos las afirmaciones de los “neorrepublicanos” y las comparamos con las de Carlos Ibarguren encontraremos inmediatamente una diferencia para nada secundaria. Ibarguren recuerda que San Martín criticaba al “falso liberalismo” que se había impuesto en Argentina, y el mismo entiende que hay que reaccionar contra los vicios y la degeneración del sistema democrático. Si volvemos al pasado de Ibarguren lo encontraremos profesando una fe sólida en el liberalismo, aunque un tanto conservadora, preocupada por las transformaciones de la modernidad. Pensamos, por lo tanto, que su postura no era radicalmente antiliberal, sino producto de las propias contradicciones de esa ideología, de la tensión entre liberalismo y democracia, ya que como dice Eric Hobsbawm: “Este era el dilema fundamental del liberalismo (...) que propugnaba la existencia de constituciones y de asambleas soberanas elegidas que, sin embargo, luego trataba por todos los medios de esquivar actuando de forma antidemocrática, es decir, excluyendo del derecho de votar y de ser elegido a la mayor parte de los ciudadanos varones y a la totalidad de las mujeres. (...) El orden social comenzó a verse amenazado desde el momento en que el ‘país real’ comenzó a penetrar en el reducto del país ‘legal’ o ‘político’, defendido por fortificaciones consistentes en exigencias de propiedad y educación para ejercer el derecho de voto y en la mayor parte de los países, por el privilegio aristocrático generalizado...”²⁷

²⁴ Julio y Rodolfo Irazusta: “Nuestro programa”, *La Nueva República*, N° 1, op. cit.

²⁵ Ernesto Palacio: “Organicemos la contrarrevolución”, op.cit. el subrayado es nuestro.

²⁶ Carlos Ibarguren: *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1955.

²⁷ Eric J. Hobsbawm: *La era del Imperio*, Barcelona, Labor, 1989. Capítulo: “La política de la democracia”, p. 86.

En toda la obra de Iburguren hay paralelismos llamativos. Los personajes "intocables" del panteón nacional, -básicamente San Martín-, habían denunciado ya los efectos corruptores de la política y de sus profesionales, los políticos. En los años 30 eran ellos, los intelectuales "patriotas", quienes advirtieron sobre el problema. Sostenían que política era sinónimo de demagogia y desequilibrio, y que sólo gobiernos fuertes -como el de Rosas- pudieron y podrían frenar el desorden y terminar con el caos. En este contexto la figura del general Uriburu, artífice supremo del golpe de estado de 1930, fue hermanada con la de San Martín, un valiente hombre de armas que luchó por la patria y que no se involucró en los juegos políticos, pero también con la de Rosas quien supo estar a la altura de las circunstancias e imponer el orden en el país.

En síntesis, los análisis sobre el patriotismo del ejército y las reflexiones sobre los beneficios de una dictadura están íntimamente relacionadas con la situación política del momento y con las aspiraciones y objetivos políticos de Iburguren e Irazusta. Perfilados de esta manera se plantean la necesidad de organizar y sistematizar su producción y conforman a fines de 1938 el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Como lo indica el propio nombre de la institución que creaban le asignaron a Rosas un rol paradigmático y le asignaron un puesto clave dentro de la historia nacional. En un artículo de presentación de la revista del Instituto dirán:

"Tiempos nuevos han venido cuya conciencia política e histórica es muy distinta y muchos argentinos han llegado a comprender que la rehabilitación de Rosas debe tener por fundamento precisamente su no participación ni complicidad de ninguna especie en la Constitución del 53, instrumento extranjerizante que ha sido la herramienta de la enajenación nacional.

No se trata de invitarlo a Rosas a participar del festín de 1853, y de incorporarlo al Panteón haciéndole un lugar junto a Sarmiento, Mitre y Urquiza. Por el contrario, los blasones de Rosas son completamente distintos a los de aquellos y el primero, por no decir el único, es el de servir como ejemplo de todo lo que debe afirmarse y enfrentarse con una experiencia constitucional de 85 años, que ha sido desastrosa para la integridad y soberanía argentina"²⁸

Desde el principio, como puede advertirse, se establecen con claridad los objetivos del Instituto de Investigaciones Históricas, tanto como los principios avalados por todos sus integrantes y que hicieron públicos en el número inicial de la revista:

"Han transcurrido más de 85 años desde Caseros y la historia oficial argentina mantiene el fallo condenatorio dictado por los vencedores contra toda la época en que actuó y gobernó el brigadier Juan Manuel de Rosas, bajo el pretexto de que su juicio estaba definitivamente sustanciado y concluido.

Por varios motivos se impuso a las generaciones posteriores la obligación de considerar irreversible aquel fallo, (...) era evidente que este criterio de interpretación histórica

²⁸ Razón de ser y fundación del Instituto, Revista de Historia, Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, enero de 1939. Citado por Hebe Clementi: *Rosas en la Historia Nacional*, Buenos Aires, La Pléyade, 1970, p. 51.

respecto a Rosas no podía someterse a un proceso de revaloración más equitativo, en los momentos mismos en que el ideario político a que esa interpretación servía, comenzaba a aplicarse en el país, se configuraba en una Constitución y se afianzaba en el gobierno. (...) Hemos advertido que el motivo subordinante en la prohibición era la necesidad de evitar que la existencia esforzada y sacrificada que mantuvo Rosas contra el extranjero, cuando éste pretendió avasallar nuestra soberanía, ofreciera contrastes demasiado enérgicos con algunos conceptos que la generación del 53 tenía acerca del patrimonio argentino e inscribió en el repertorio constitucional. (...) frente a la experiencia iniciada el 53, cuyos frutos advierte nuestra época, Rosas se presenta nuevamente a la conciencia pública argentina como el hombre de un destino frustrado por una conspiración de intereses y de fuerzas antinacionales. El deber patriótico de retomar ese destino, implica el de estudiar a fondo la época en que fueron jalonadas sus primeras y mas geniales directivas. Aquel es el movil, éste el objeto de nuestra asociación.²⁹

A partir de esta declaración puede advertirse el ideario político y los objetivos militantes que acompañaban al revisionismo histórico. Pero, también resulta evidente que estaban organizando el debate político argentino, al tiempo que se colocaban en el escenario político a través de la oposición: Rosas como la figura clave de la historia nacional, en tanto que Alberdi es presentado como el artífice del fracaso³⁰. Sin embargo, y a pesar de los continuos paralelismo y lecturas del pasado ante las necesidades del presente los revisionistas niegan el carácter de "laboratorio ideológico" que nosotros pensamos que existía en su relectura de la historia argentina, y del rosismo en particular:

"Como al organizarnos en esta asociación no nos proponemos estudiar la época de Rosas para ilustrar convicciones doctrinarias sobre formas de gobierno, quedará fuera de nuestro alcance el cotejo entre el ideario político de aquella generación y el conjunto de operaciones y soluciones de orden práctico que hacen al gobierno de Rosas un modelo de realismo y de sagacidad política."³¹

A partir de la conformación del revisionismo, el universo de los estudios históricos quedó tajantemente dividido en dos polos opuestos. Por un lado, los académicos acusados de liberales, oficialistas y tendenciosos por los integrantes del segundo grupo, los revisionistas. Estos se asumían como los únicos dispuestos a repensar el pasado, al tiempo que se postulaban como los sostenedores de una verdad que podía resumirse en la imagen de Rosas, quien muchas veces fue presentado como una abstracción, un modelo ideal, un compendio de virtudes y de talento político. Rosas aparece para el movimiento revisionista como el mentor y artífice de la grandeza nacional, pero la posibilidad de una Argentina poderosa se frustró por el accionar de la élite triunfante en Caseros.

²⁹ Declaración de Principios del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, *ibid.*, p. 52-53.

³⁰ Premisa explícita que guía el trabajo de Irazusta sobre Rosas y también de los otros autores revisionistas.

³¹ Declaración de Principios, *op. cit.*

Ernesto Palacio, uno de los más lúcidos integrantes del revisionismo y editor del periódico político *La Nueva República*, sostenía en sus libros *La Historia Falsificada e Historia de la Argentina*, que la tarea imprescindible era reescribir la historia desde la verdad, ya que:

“... lo vi de pronto como una iluminación y como la expresión misma de la verdad, no exagero. lo vi en su total arquitectura, antes de planear su desarrollo, sintiéndolo intensamente como drama de mi gente y mi raza, *el drama de un destino frustrado*. Pero al mismo tiempo, el nudo de angustia que acumulaba en mi garganta el dolor de las generaciones se disolvía en una exclamación jubilosa, *porque la frustración que se confiesa es el comienzo de la redención*.”³²

Con su habitual vehemencia Palacio fue, quizás, quien expresó con mayor claridad el rol que le asignaban a Rosas en la historia nacional y en la constitución y legitimación de su proyecto político que, como bien es sabido, estaba cargado de declamaciones nacionalistas:

“Rosas representa el honor, la unidad, la independencia de la patria. (...) Si después del 53 seguimos siendo nación, a Rosas se lo debemos, a la unión que remachó durante su dictadura y que la ulterior tentativa secesionista no logró quebrar. Esto lo han reconocido hasta sus peores enemigos (...) La primera obligación de la inteligencia argentina consiste hoy en la glorificación -no ya rehabilitación- del gran caudillo que decidió nuestro destino. Esta glorificación señalara el despertar definitivo de la conciencia nacional.

(...) Los próceres civiles, representan y hacen amar (cuando lo consiguen) conceptos abstractos: la civilización, la instrucción pública, el régimen constitucional. Rosas, en cambio, nos hace amar a la patria misma, que podría prescindir de esas ventajas, pero no de su integridad y de su honor”³³

Palacio es categórico. Por un lado, instala a Rosas en la cima del panteón de los próceres nacionales desplazando a aquellos que el liberalismo había encumbrado y por otro, quita toda validez a los principios constitutivos del liberalismo burgués acusándolos de ser principios abstractos. No puede, entonces, dejar de llamar la atención que seguidamente reivindicaba otros valores -más abstractos que los que critica- otorgándoles, además, un carácter absoluto y trascendental.

Resulta evidente que buena parte de la producción historiográfica del revisionismo está marcada por la crítica y oposición violenta a la historia liberal, a la que acusan de falsificación y opuesta a los principios básicos de la nacionalidad. Sin embargo, podría decirse que hay una constante reproducción de actitudes y rasgos de aquellos, pero impulsado por un proyecto ideológico diferente. Encontramos, una vez más, una compleja relación con la llamada “generación organizadora” a la que admiran su capacidad para imponer un

³² Ernesto Palacio: prólogo a la *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, 1954. El subrayado es mío.

³³ Ernesto Palacio, *Revista de Historia* N° 1, Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, citado por Hebe Clementi, op. cit, p. 179-180.

proyecto de país, al tiempo que ese modelo es el centro de sus críticas y de su accionar. Como veremos en otro apartado sus vínculos con algunos historiadores liberales, que se dedicaron al estudio del rosismo y su contexto, se nos presenta, cuando menos, como muy contradictoria. Indudablemente, la herencia de los estudiosos positivistas resultaba una carga pesada.

3. "No se sirve a la libertad manteniendo los odios del pasado"

Quesada y Saldías: ¿revisionistas tempranos?

El siglo XIX creció con los procesos de independencia de los países latinoamericanos, al tiempo que el liberalismo se constituyó en el fundamento de los programas de los nuevos estados. Pero como sostiene Hale "la experiencia distintiva del liberalismo en América Latina se derivó de la aplicación de las ideas liberales a países que estaban muy estratificados, social y racialmente, y subdesarrollados en el terreno económico y en los cuales tenía mucho arraigo la tradición de una autoridad estatal centralizada. En resumen, se aplicaron en un entorno que ofrecía resistencia y era hostil y que, en algunos casos, engendró una fuerte y opuesta ideología de conservadurismo."³⁴

Así, las élites sostuvieron que el gran desafío era instaurar y realizar el liberalismo. Pero tan amplio objetivo requería educar una nueva élite que estuviera a la altura de las circunstancias. Se entendía que el consenso político debía ir acompañado y sostenido por un ideario que proclamaba el triunfo de la ciencia y la confianza en el progreso. A este conjunto de ideas filosóficas y sociales se las conoce con el nombre, un tanto vago e impreciso, de positivismo. Como teoría del conocimiento postulaba que el método científico era la única manera de alcanzar el conocimiento. Se rechazaba, por lo tanto, todo saber apriorístico y se sostenía que sólo se podía obtener información a través de la observación y la experimentación. Pero el positivismo fue mucho más que la definición anterior. El positivismo influyó en América latina de una manera decisiva "al brindar un canal de reconciliación entre el liberalismo y la tradición de un gobierno fuerte, reconciliación justificada por la 'aproximación' científica a los problemas políticos que las distintas variantes del positivismo ofrecían"³⁵ Los positivistas, en el terreno de lo social, sostenían que la sociedad era un organismo en desarrollo, un colectivo y no un conjunto de individuos, y que la única forma apropiada de conocer a esa sociedad era a través del estudio histórico.

En América latina el positivismo reclamaba una importante participación en el terreno educativo, buscaban reformar la educación superior y adecuarla a la formación de una nueva y necesaria élite. Sostenían que las ciencias sociales -y en especial la historia- eran guías indispensables para los políticos. En general se creía que las universidades tradicionales eran poco aptas para esta transformación y se tendió a crear entidades paralelas que influyeron en toda la vida intelectual. Aun así, en las viejas universidades se luchó por la inauguración

³⁴ Charles Hale: "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930" en Leslie Bethell: *Historia de América latina*, vol. 8, Barcelona, Crítica, 1987, p. 2.

³⁵ Eduardo A. Zimmermann: *Los liberales reformistas. La cuestión social en argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995, p. 42.

de cátedras afines y, como en el caso de la Universidad de La Plata, en Argentina, creada en 1905 se le imprimió desde el vamos el sello de la doctrina positivista. Sin embargo, Hale sostiene que la institución modélica del positivismo argentino fue la Escuela Normal de Paraná, creada en 1870 por Sarmiento. El autor agrega que esta escuela sobrepasó ampliamente los límites provinciales impuestos y un alto porcentaje del alumnado dirigió políticamente al país.³⁶

Según Zimmermann, una característica de esta corriente fue la de orientar los estudios científicos hacia problemas prácticos y que "los académicos o intelectuales no se limitaron al estudio puramente científico de la cuestión social. Muchos interpretaron como parte de su deber el llevar sus ideas a la práctica a través de la creación y dirección de nuevas instituciones estatales dedicadas a distintas áreas de la reforma social. Así, José María Ramos Mejía y Emilio Coni tuvieron activa participación en la creación y dirección de la Asistencia Pública de Buenos Aires, Augusto Bunge y José Ingenieros dirigieron la Sección de Higiene Industrial del Departamento Nacional de Higiene, y el Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional."³⁷

La educación positivista sostenía que el estudio sistemático de la ciencias era un instrumento ordenador de las mentes y las sociedades, por lo que muchas veces terminó desviándose hacia el exceso de sistematización y autoritarismo. Si bien el movimiento positivista latinoamericano fue muy poco homogéneo, en general, sostuvo los principios de secularización y control estatal. Sin embargo, no pudo superar el dilema que se le presentaba a la élite intelectual entre el sostenimiento de la autoridad y el ejercicio de la libertad. En este contexto, y confiados en la fuerza y utilidad del conocimiento, algunos positivistas comenzaron a reflexionar sobre el gobierno de Rosas, momento histórico que los otros historiadores liberales habían preferido ignorar. Así, Ernesto Quesada inició su trabajo sobre el rosismo, al tiempo que establecía las características principales, y a su criterio ineludibles, del trabajo del historiador.

Ernesto Quesada vivió entre 1858 y 1934. Perteneciente a una familia "tradicional" fue abogado, diplomático, juez y académico formado en la Universidad de Leipzig, en Alemania. En las memorias del positivismo es recordado, entre otras cosas, por ser el primer traductor de Spengler y por ser el encargado de inaugurar la primera cátedra de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1904. Al dejar inaugurado dicho curso Quesada manifestó su optimismo por el futuro de la ciencia y por lo que esta podría aportar a solucionar los problemas sociales.³⁸ Su convencimiento positivista impregnó, también, las aulas de la Universidad de la Plata, desde el momento de su fundación.

En 1923, un año después de su jubilación como docente universitario la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires reeditó su libro *La época de Rosas*, cuya primera edición había salido de la imprenta en 1898. Según manifestaba el propio autor en la advertencia a la segunda impresión, en aquel momento, fines del siglo XIX, su obra

³⁶ Charles Hale, op. cit, p. 16.

³⁷ Eduardo Zimmermann, op.cit, p. 72.

³⁸ Ernesto Quesada: "La sociología. Carácter científico de su enseñanza", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. 3, 1905.

había sido considerada como una verdadera herejía doctrinaria pues estaba en contra de la opinión consagrada en todas las esferas de la vida nacional

“que consideraban a la tiranía de Rosas como la encarnación de una época nefasta, víctima de un verdadero monstruo neurótico, y de la cual era mejor callar.”³⁹

Sin dudas, el trabajo de Quesada implicó un nuevo enfoque, no sólo en cuanto a la interpretación del período rosista sino en cuanto a los métodos de las ciencias sociales y a la profesión del historiador. En primer lugar, planteó la necesidad de recuperar 25 años borrados de la historia nacional para lo cual, según afirmaba:

“apareció este libro, fruto maduro, de una larga serie de estudios monográficos y amplísimamente documentado, publicados en nuestras revistas más acreditadas”⁴⁰

Desde las primeras páginas, Quesada planteaba cuál había sido el método seguido en la investigación y en la propia publicación de su trabajo. Evidentemente no puede dejar de sorprendernos la vigencia que tiene, un siglo después, el modelo científico al que el autor denominaba a fines del siglo XIX “*novísimo criterio histórico*”. Modelo que según Quesada, al menos, no siguieron todos los pensadores enrolados en el movimiento positivista. Hecho que expresa claramente cuando hace alusión a otro de los referentes del positivismo que escribiera una voluminosa obra sobre el gobierno de Juan Manuel de Rosas. Nos referimos a su opinión sobre José María Ramos Mejía y a su obra: *Rosas y su tiempo*:

“... deliberadamente autosugestión médica, que busca reducir a hombres y cosas al lecho de Procusto de su teoría preconcebida de las neurosis de los hombres célebres, deforma sin quererlo la verdad histórica, malgrado el enorme material utilizado tan tendenciosa y unilateralmente”⁴¹

Pero incluso su crítica a Ramos Mejía le servirá para promover, por oposición, al historiador profesional:

“...Es, pues, insubsistente la teoría de considerar a Rosas ‘como la encarnación misma de la neurosis’. Y debe ponerse esto bien claro, por cuanto es grande entre nosotros el influjo de las doctrinas lombrosianas, o de las arriesgadas afirmaciones de Tarde, según las cuales, gracias al desarrollo que han dado a esa tesis los juristas italianos, nada justificaría más a Rosas, eximiéndole en absoluto de responsabilidad, que consagrarle como un neurótico, un desequilibrado, un enfermo, un irresponsable, en una palabra. Los médicos, cuando se disfrazan de historiadores, usan y abusan del arsenal esotérico de nombres de enfermedades buscando, con tan fácil recurso,

³⁹ Ernesto Quesada: *La época de Rosas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1923, Advertencia, p. 1.

⁴⁰ Quesada, *ibid.*, p. 1.

⁴¹ Quesada, *ibid.*, p. 3.

escamotear lo penoso de la investigación previa (...) Pero eso no es historia, ni crónica, ni siquiera 'informe médico legal': es simple literatura de menor cuantía."⁴²

Todo su alegato a favor de la profesionalización de la historia se basó en la premisa insoslayable de consultar un fondo documental amplio y realizar sobre él un análisis exhaustivo. Decía, además, que la norma de los estudios históricos debía ser la justicia y la verdad, la objetividad -a la que Quesada prefería llamar sinceridad- era la regla suprema, como también debía serlo el rechazo a todo dogmatismo.

"Pensamos que se deben estudiar los acontecimientos y analizar sus causas, para distribuir la responsabilidad que corresponda, y utilizar su enseñanza para el porvenir"⁴³

Asimismo, sostenía que la primera publicación de su libro fue producto de una audacia revolucionaria que puso fin a lo que forzosamente estaban obligados a ser la mayoría de los historiadores: simples cronistas. Muchos de ellos, afirmaba, parten del error de considerar al federalismo como una imposición artificial y producto de la imitación. Partiendo de esta problemática afirmaba que el propio Sarmiento había contribuido al error:

"afirmando -con el soberbio dogmatismo que le caracterizó y tras el cual ocultaba magistralmente el vacío, a veces profundo, de su educación autodidáctica y enemiga de las investigaciones penosas"⁴⁴

Su "audacia revolucionaria" sorprende por la época y por los términos en que fue pronunciada. Pero lo es, además por la dureza de los términos con que golpea duramente a un modelo intelectual de enorme presencia en la cultura argentina. No sólo Sarmiento recibe tal consideración, algo similar sucede con Alberdi quién, según Quesada predicó el absurdo y la falsedad histórica.⁴⁵ Consciente de los torbellinos que despertaban estas frases aseguraba, más adelante, que la labor que estaba llevando adelante era una tarea ingrata porque la atmósfera intelectual imperante se manifestaba antipática a todo estudio que contradijese la tradición y la leyenda.⁴⁶

Como puede advertirse, *La época de Rosas* fue un libro de sumo interés y, si es que cabe el término, "transgresor" para el momento de su aparición. Quesada expresaba un nuevo enfoque en lo que hace al método, al análisis, a la crítica a los trabajos y

⁴² Quesada, *ibid.*, p. 86.

⁴³ Quesada, *ibid.*, p. 87. A lo largo de todo el trabajo hará constantes menciones al método empleado y a los objetivos de la investigación. Como ya hemos dicho insistirá en la necesidad de realizar trabajos monográficos ampliamente documentados que deben ser publicados en revistas especializadas y que deben ser resultado de un estudio objetivo. También remarcará la necesidad de conocer los trabajos previos, hacer un "estado de la cuestión". Es decir, tener en cuenta lo hecho para saber lo que hay que hacer. Entiende a la historia -y a la sociología- como a una ciencia en constante evolución que debe servir para enseñar y aprender.

⁴⁴ Quesada, *ibid.*, p. 48. El subrayado es mío.

⁴⁵ Quesada, *ibid.*, p. 50.

⁴⁶ Quesada, *ibid.*, p. 166.

apreciaciones existentes y a la caracterización misma del período que estudiaba.

A este último aspecto vamos a comenzar a referirnos a partir de este momento. Esta obra fue el resultado de una serie de trabajos previos que se habían publicado en revistas especializadas desde 1893 y que, como hemos manifestado, era para el autor el producto de un nuevo criterio histórico. La reedición de 1923 se iniciaba con una introducción denominada: "La evolución social argentina" que fue originalmente un artículo publicado en Estados Unidos en 1911. En este apartado el autor realizaba una síntesis de la historia de Argentina desde fines del siglo XVI -tiempos del descubrimiento y conquista- hasta 1910, momento en que se celebró el centenario de la emancipación. Se trataba, para Ernesto Quesada de un estudio sobre la compleja sociología de un pueblo en profunda transformación, que aún se encontraba en el camino de su evolución.

Analizaba, entonces, las características salientes de la conquista y de sus hombres, al tiempo que consideraba que los conquistadores imprimieron al territorio que dominaron sus prejuicios de casta, de aristocracia, de libertades comunales y todos los atributos de sus propias costumbres y fisonomías. La vida colonial, decía más adelante, estampó un cierto tinte de uniformidad, al tiempo que la tradición hispánica, católica y monárquica dominó toda la sociabilidad del virreinato. Sociabilidad que sólo comenzó a transformarse con los sucesos de 1810, principalmente con el arribo de grupos de oficiales napoleónicos y de comerciantes ingleses. La presencia de británicos, según Quesada, dejó su impronta en la sociedad porteña, que adoptó rápidamente la moda y las costumbres londinenses y se puso en contacto con el modo de ser anglosajón. Sin embargo, en términos políticos, las influencias provinieron mayormente del continente europeo, principalmente del ideario de la Revolución Francesa de 1789. Esta influencia fue considerada prácticamente como absoluta y generó, por ejemplo, la existencia de un jacobino como Moreno.⁴⁷

A lo largo de todo el libro el autor hacía permanentes referencias a un aspecto que queremos resaltar y que hace referencia a su percepción de la lucha entre federales y unitarios. Ernesto Quesada sostuvo, con vehemencia, que desde el principio:

"...el sentimiento federalista resultó profundamente arraigado en la tradición y en la sangre, y la tendencia unitaria fue sólo una irradiación de ciertos círculos de teorizadores metropolitanos, que desconocieron el pasado histórico y creyeron, con ilusos como Rivadavia, que destruyendo los cabildos tradicionales harían tabla rasa de tales precedentes, como hicieron los jacobinos de la revolución francesa con las instituciones del antiguo régimen"⁴⁸

Como es evidente, Quesada daba una explicación en la que consideraba que lo "natural", lo típico de la región, lo asentado incluso en la tradición colonial era la idea federal, llegando a sostener que en las mismas comunidades y tribus indígenas existía un espíritu federal.

Por otro lado, afirmaba que las luchas civiles ayudaron a conformar una sociabilidad

⁴⁷ El autor sostendrá que las doctrinas constitucionales anglosajonas influyeron en muy pocos "patriotas", por ejemplo en Dorrego quien las habría asimilado prácticamente en forma accidental en su estadía en Estados Unidos.

⁴⁸ Quesada, *ibid.*, p. 18.

en la cual ni el saber, ni el abolengo, ni la fortuna ejercieron influencia alguna, sino la audacia, el empuje de los caudillos, que eran los únicos que poseían el poder efectivo, los que dominaban sin contrapeso alguno. Así, afirmó que Rosas encontró esa situación crítica y se impuso la tarea de normalizar la organización del país y que si no logró establecer una paz estable fue porque el partido unitario se lo impidió:

“Sin duda, durante el largo cuarto de siglo de esa dictadura jamás se gozó de paz estable porque el partido unitario era ambicioso, arrogante y banderizo, haciéndose conjuración entre sí y, cuando no se sublevaba o invadía, provocaba intervenciones extranjeras, hasta que la guerra entre unitarios y federales fue terrible, sin cuartel, desarrollando un régimen terrorista que culminó en los excesos del año 40: el dictador no tuvo piedad con sus adversarios, los cuales tampoco la tuvieron con él, y la sangre corrió a raudales por ambas partes”⁴⁹

Entendemos que en esta caracterización de unitarios y federales -fuerzas centrífuga y fuerza centrípeta, respectivamente, como a él le gustaba llamarlos- Quesada realizó una simplificación y una deducción un tanto “mecánica”, ya que asociaba a los unitarios con el mundo patricio y metropolitano, en tanto que consideraba a los federales como la encarnación de lo rural y representante de la uniformidad desilustrada. Este análisis no admitía ni sugería matices que evidenciaran la complejidad de los movimientos sociales y de las ideologías circulantes.

La lógica del análisis y caracterización que el autor realizó del gobierno de Rosas puede resumirse en la idea de que cuando se implantó ese gobierno, la sociedad estaba preparada para recibirlo, y por lo tanto, se adaptó bien y con rapidez. Todo lo anterior le permite decir a Quesada que la necesidad de un gobierno fuerte estaba en la atmósfera política y social y era producto de los excesos de la anarquía y de las revoluciones constantes. Se vivía, desde 1820, en una crisis permanente, en un estado anormal, sin garantías y en constante peligro de conmociones internas y externas. Y fue precisamente el peligro de una invasión externa lo que le permitió a Rosas levantar las banderas de la defensa de la patria y a Quesada invertir la fórmula de “civilización y barbarie” para preguntarse cuán bárbaro es aquel que antepone su partido a la patria y la traiciona propiciando invasiones del exterior. Sin duda, “la traición a la patria” aparece como un tema central de *La Época de Rosas*, al que el autor volverá en más de una oportunidad y que es presentado como el contrapeso más fuerte que encuentra para oponer a los manejos dictatoriales de Rosas.

“Arrojados fuera del país, los unos; emigrados voluntariamente, los otros; los afiliados del partido unitario concluyeron por asilarse en los países limítrofes, para desde allí conspirar, convulsionar en lo posible al país, suscitarle cuanta complicación fuera menester, incitar al extranjero a invadirlo, buscar cualquier medio -cualquiera- con tal de triunfar. La ofuscación fue tal, que la misma traición a la patria pareció cosa baladí. A cualquier costa era menester destruir al adversario, triunfar, y ‘regenerar la patria’”⁵⁰

⁴⁹ Quesada, *ibid.*, p. 22.

⁵⁰ Quesada, *ibid.*, p. 54.

Para Quesada, Rosas no hacía más que defender a la patria contra un ataque extranjero, ya que los unitarios:

“¡Ah, los unitarios habían ya llevado a sus últimos extremos la traición a la patria, negociando oficialmente la desmembración del país e incorporación de varias provincias a las naciones vecinas (...) Rosas, inspirándose en el ‘plan de gobierno’ del ilustre Moreno, apeló al terrorismo como medio de defensa, y desató en el país los furros de la mazorca, que eclipsó los períodos más negros de los robespierristas más exagerados de la revolución francesa”⁵¹

En más de una oportunidad los juicios de Quesada se nos presentan como ambiguos y ambivalentes. Así, por ejemplo, por momentos se refirió a la política de Rosas como producto de las circunstancias, impulsado por el accionar del otro grupo. Según esta misma lógica podía señalar que

“Preciso es recordar que la mazorca no precedió a aquellas guerras, sino que surgió de las necesidades del momento, según el criterio de la época. (...) ¿Por qué se ha de decir entonces, que, en ese momento histórico, Rosas representa la barbarie y los unitarios la civilización? ¿Acaso esta es hija de la traición a la patria, en plena guerra nacional? ¿Cómo se clasifica a los ciudadanos que se unen al invasor extranjero? ¿Es, por ventura, permitido a éste inmiscuirse en la organización interna de una nación, bien o mal gobernada?”⁵²

Pero, al mismo tiempo, realizaba críticas a la dureza, e incluso crueldad de algunas medidas y prácticas de la política rosista. El autor consideraba que Juan Manuel de Rosas fue un gobernante autoritario, que no se detuvo ante ninguna consideración y que no dudó en utilizar medios rudimentarios y condenables que “*pueden explicarse, aunque no disculparse, con el criterio de la época*”. Para el caudillo cualquier signo de debilidad era, cuasi prueba de unitarismo y, para Quesada todos estos excesos eran condenables aunque entendibles. Sin embargo, sostuvo que si un gobierno de estas características pudo existir y sobrevivir a pesar de los ataques de los unitarios y sus aliados extranjeros es, porque para la mayoría de sus contemporáneos era necesario instaurar un gobierno fuerte que pusiera fin a la agitada y crítica vida política de los años 20. En ese sentido, el autor afirmó que Rosas logró esa evolución necesaria para el país, lo organizó y permitió vislumbrar un futuro. Pero, gobernó demasiado tiempo y no pudo evitar el desgaste y las tentaciones de un gobierno “*...ya que el largo mandar cría soberbia y la soberbia el odio de los súbditos*”. Pero, por aquel momento y según este historiador positivista, nadie pensaba en instituciones más o menos liberales, sólo se quería el orden y a cualquier precio, y:

“Rosas era el hombre que encarnaba y realizaba esa aspiración, y que, imbuido de los

⁵¹ Quesada, *ibid.*, p. 56-57.

⁵² Quesada, *ibid.*, p. 57.

mismos prejuicios de sus coetáneos, ante todo y sobre todo aspiró a cimentar el anhelado orden material; considerando como cosa secundaria y como simples formalidades las instituciones liberales, con su rodaje parlamentario y su gobierno ministerial”⁵³

Una lógica similar acompaña el trabajo de Adolfo Saldías. Nacido en 1849 en la ciudad de Buenos Aires, Saldías fue un prestigioso abogado vinculado políticamente con Adolfo Alsina y decididamente opuesto a Mitre y Avellaneda. Fue, además, secretario de Sarmiento. Estuvo, también, interesado en el estudio de la historia y hacia 1881 publicó el primer tomo de su obra *La historia de Rosas y su época*⁵⁴ la que se presentó como una historia imparcial que analizaba documentos de “primera mano” del período rosista. Ya en 1878 publica su libro: *Ensayo sobre la historia de la Constitución Argentina*. En esa obra, aunque tangencialmente, comienza a plantearse la necesidad de pensar sobre Rosas y su gobierno.

En 1892 se editará la *Historia de la Confederación Argentina* donde avanzará con respecto a sus primeros ensayos en el estudio del rosismo, proponiéndose:

“ir más lejos que los que se atienen al sentimiento para resolver la cuestión de Rosas, estudiando al hombre a la faz de la época en que vivió y de los intereses a que sirvió. El gobierno fuerte de Rosas no tuvo su origen en tal o cual acontecimiento aislado y producido por los errores de tal o cual hombre: fue una evolución lenta, natural y progresivamente trabajada sobre las bases incommovibles. Rosas fue el representante genuino de la época que no se había sucedido todavía, pero que necesariamente debía marcarse alguna vez en nuestra sociedad, dada la composición de esta. En una palabra, Rosas fue la encarnación viva y palpitante de los sentimientos, de las ideas, de las aspiraciones de nuestras campañas, que con él a la cabeza se impusieron por primera vez en la provincia”⁵⁵.

En este trabajo Saldías contó con un amplio fondo documental que le brindara Manuelita, la propia hija de Rosas, tal cual lo expresaba en el prólogo de su libro: *Papeles de Rosas*, donde realiza un alegato en favor de un trabajo documental amplio y profundo:

“Cuando me propuse escribir una época de la historia argentina no estudiada todavía (...) ni influían en mi las tendencias de la escuela autoritaria que en mi país me había precedido, ni mi criterio se ajustaba a otra regla y a otra norma que la que me suministrasen los elementos abundantes que había coleccionado. de ellos forman parte principal los papeles de Rosas, guardados por este general en su retiro de *Burgess farm* y legados después a su hija, la cual tuvo la deferencia para donármelos por completo

⁵³ Quesada, *ibid.*, p. 140.

⁵⁴ El segundo tomo se publicará en 1884, en tanto que el tercer volumen saldrá de la imprenta en 1887. Como recuerda Diana Quattrocchi-Woisson esta obra fue criticada por Mitre en el diario *La Nación* el 19 de octubre de 1887. En 1892 se reedita pero esta vez bajo el título *Historia de la Confederación Argentina*, en Quattrocchi-Woisson: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé editores, 1995.

⁵⁵ Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, s/e, s/f.

(...) Puedo decir que sobre los documentos he hilvanado las frases”⁵⁶

Todo ese arduo trabajo documental se vio reflejado en una amplia producción historiográfica que presenta, como mínimo, dos obras centrales que ya hemos mencionado: la voluminosa *Historia de Rosas y su época* e *Historia de la Confederación Argentina*, en cuyo prólogo manifiesta con claridad sus propósitos y objetivos:

“Voy a escribir la historia de Rosas y de su gobierno movido por el deseo de transmitir a aquellos de mi generación que quieran recogerlas, las investigaciones que he venido haciendo acerca de esa época aciaga, que no ha sido estudiada todavía, y de la que no tenemos más ideas que las de represión y de propaganda que mantenían los partidos políticos (...) y bien -a una generación que pugna por autorizar con el prestigio del tiempo sus viejos y estériles rencores-, yo no puedo oponer más que la clara inspiración en la justicia que reposa tranquila en el fondo íntimo de mi alma (...) Pienso que aceptar sin beneficio de inventario la herencia política y social de los que me precedieron, es vivir de prestado, a la sombra de una inquietud que revela la impotencia, y llamar así todas las preocupaciones que son los verdaderos harapos de la sociedad” ⁵⁷

Entendemos que esta definición de la función y objetivos que debían buscar los nuevos pensadores reflejaba la confianza que por aquellos años se tenía con respecto al éxito de la organización nacional y el futuro del país. Queremos decir, que las palabras de Saldías pueden ser entendidas como la reflexión de un intelectual liberal, que seguro del orden de las cosas podía asumir el desafío de repensar una situación que para su generación ya era pasado. Si bien, en términos políticos la obra fue criticada, con bastante dureza, por el Mitre, protagonista de aquellos sucesos, el Mitre, “historiador supremo” alababa el método y el trabajo intelectual de Saldías:

“Es un libro que debo recibir y recibo, como una espada que se ofrece galantemente por la empuñadura, pero es un arma del adversario en el campo de la lucha pasada, y aun presente, si bien más noble que el quebrado puñal de la mazorca que simbolizaría, por cuanto es un producto de la inteligencia (...) Si entiende usted mi fidelidad a los nobles principios porque he combatido toda mi vida, y creo haber contribuido a hacer triunfar en la medida de mis facultades, debo declarar que conscientemente los guardo, como guardo los nobles odios contra el crimen que me animaron en la lucha. (...) Todo esto no impide que haga justicia como lo he hecho antes a la sana intención que haya podido inspirar su obra, al procurar estudiar los complejos y confusos fenómenos de nuestra sociabilidad a través de la historia, aun cuando no acepte su criterio histórico. Reconozco la inmensa labor que encierra su libro, verdaderamente extraordinario en la compulsión de documentos comprobatorios, la metódica ordenación

⁵⁶ Saldías, Adolfo: *Papeles de Rosas*, Buenos Aires, citado por Clementi, op. cit, p. 28.

⁵⁷ Saldías, Adolfo: Prólogo a *Historia de la Confederación Argentina*, cit.

Diana Quattrocchi-Woisson plantea al respecto que, a pesar de la crítica de Mitre: "Saldías continúa sin problemas su carrera política e intelectual en una Argentina que podía tolerar, hasta cierto punto, este tipo de disidencias con las ideas dominantes."⁵⁸ Si bien esta afirmación no deja de ser cierta entendemos que aparece como un tanto ingenua, porque si bien Saldías -y también Quesada- está planteando una visión diferente a los de los grandes intelectuales formadores de la identidad nacional, no está cuestionando su ideología y la legitimidad del poder que detentaban. Muy por el contrario, y como ya hemos dicho, parece reflejar que el régimen se sentía seguro de la situación y podía permitir, tolerar e incluso avalar voces que partiendo de su propia élite plantearan algunos sonidos discordantes. Sin embargo, tampoco podemos dejar de recordar que hacia 1890 el país se encuentra en un proceso de fuerte transformación, y la revolución de 1890 fue un llamado de alerta sobre las posibles complicaciones de la situación. Entonces, es también probable que a partir de estos sucesos y de la agitación social y política de todo occidente algunos intelectuales hayan empezado a revalorizar, aunque más no sea tímidamente, la implantación de gobiernos verdaderamente fuertes.

En este sentido, nos parece que Ernesto Quesada asumió una posición más crítica que la de Saldías. Como ya hemos hecho referencia, el autor de *La época de Rosas* realizó en su libro un planteo llamativo y, si se quiere modestamente opuesto a la élite intelectual organizadora, cuando criticaba a Sarmiento y Alberdi por su falta de formación intelectual, por su dogmatismo y por su escaso esfuerzo de investigación, aunque no podemos dejar de advertir que también fue un crítico duro del accionar de los unitarios. Pero, tampoco debemos confundirnos y pensar que Quesada estaba cuestionando políticamente a la élite liberal, sino que era más bien un cuestionamiento intelectual de una generación que quería llegar a la cumbre cultural de la nación e iba dirigido hacia otra que detentaba ese lugar desde hacía un largo tiempo, o en todo caso, una confrontación de fuerzas interélite.

Resulta claro que para estos hombres que no participaron directamente de las luchas civiles el enfrentamiento entre federales y unitarios era parte de un pasado al que el presente debía estudiar y entender. No era, para entonces, una realidad inquietante o desequilibradora. Pero además, la gran confianza en la ciencia y en la capacidad de ésta para estudiar el desarrollo de las sociedades los impulsaba a buscar lecciones en ese pasado que había permanecido oculto.

Por otro lado, y haciendo referencia al régimen rosista, tanto para Saldías como para Quesada, Rosas fue producto de la voluntad de la mayoría frente a los intereses minoritarios de los unitarios. Saldías condenó los abusos y la incapacidad de ambos partidos, al tiempo que criticaba las monstruosidades políticas de la dictadura rosista, pero aclarando que ésta se había impuesto con el acuerdo de la sociedad. La idea del consenso como instrumento de legitimación es una idea muy importante en el pensamiento de estos intelectuales de fines del siglo XIX.

⁵⁸ Crítica de Mitre al libro de Saldías, *La Nación*, 19 de octubre de 1887, citado en Miguel Angel Scenna: *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1976, p. 100-101.

⁵⁹ Diana Quattrocchi-Woisson, op.cit. p. 32.

Como decíamos en el apartado correspondiente, los historiadores revisionistas marcaron una división tajante en el mundo de los estudios históricos. Por un lado ubicaron a los historiadores liberales, a quienes calificaban como los mentores de la historia oficial, acusándolos de desatino y falsificación. Por el otro lado se encontraban ellos mismos, los revisionistas quienes tenían la misión de restituir el verdadero significado de Rosas en la historia argentina, en la constitución de una identidad nacional y en la defensa de la soberanía del país. Sin embargo, y como hemos visto, no fueron los primeros que plantearon la necesidad de estudiar los tiempos de Rosas: Quesada y Saldías, dos intelectuales liberales y claros referentes del positivismo argentino, habían estudiado la dictadura rosista a fines del siglo XIX.

Los historiadores del revisionismo no niegan la existencia de estos trabajos, tampoco le restan validez. Irazusta inicia buena parte de sus trabajos reconociendo los aportes que realizaron aquellos escritores del liberalismo, escribió incluso una obra sobre el tema titulada precisamente *Adolfo Saldías*. Sin embargo, siempre plantearon que las reivindicaciones de Quesada y Saldías eran aún muy débiles:

“El interrogante en que concluía el examen de la época de Rosas intentado por Saldías en su primera obra de aliento, estaba planteado en estos términos: si Rosas representó en el gobierno las aspiraciones de la mayoría de la provincia, si ésta se empeñó en mantenerlo en él, legalizando todos sus actos por medio de demostraciones de adhesión, que jamás prodigó a ningún otro gobernante, ¿la historia debe descargar sobre la cabeza de Rosas todas las acusaciones, todo el aprobio, toda la odiosidad que pueda inspirar la tiranía?⁶⁰

Para los revisionistas no hay margen de dudas, Rosas no sólo no merece el oprobio sino que reclaman para él la glorificación. Pero ésta no es la única diferencia en la interpretación: los historiadores positivistas llegan a Rosas apelando a los beneficios de la ciencia y en la necesidad de extender el conocimiento sobre la realidad social y la historia. Tratan de objetivar la figura de Rosas pensándolo como un producto de su época, una respuesta a las demandas de su tiempo. Critican algunos excesos y desmedidas de Rosas, reconocen su constante defensa de la soberanía nacional y remarcan el consenso social que logró su accionar. Para los revisionistas, en cambio, Rosas es el parámetro de todo lo digno, el mentor de la grandeza nacional y el encargado de poner las cosas -el orden, la identidad nacional, la disciplina, etc.- en su lugar. Y los vencedores de Rosas ocupan el lugar de la frustración.

Por otro lado, los revisionistas entienden que la política y la Historia son dos planos estrechamente vinculados:

“Es difícil distinguir ambas actividades. La historia propiamente dicha no se concibe sin un criterio político, y la buena política no se concibe sin el conocimiento de la

⁶⁰ Julio Irazusta: *Adolfo Saldías*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas.

historia. Para el político, la historia es el sucedáneo de la experiencia imposible; para el historiador, la política es el eje del criterio interpretativo.(...) Es casi inevitable hacer política cuando se hace historia.”⁶¹

Es posible argumentar que afirmaciones similares podrían ser dichas, entre otros, por los propios positivistas. Y sería algo lógico y oportuno. Sin embargo, la diferencia radica en la correlación de fuerzas existente, en la posición que asume quien lo manifiesta y en el peso relativo que le otorga a cada una de los dos elementos. La Historia puede ser tanto herramienta de lucha como instrumento de legitimación. Y los intereses de los pensadores autoritarios quedan muy claros en la palabras del mismo Irazusta:

“Por último reitero que no me ha guiado otro propósito que el de hallar la verdad. no creo que la historia sea maestra de vida, como se dice, sino en el sentido que le ofrece al político un sucedáneo de la experiencia imposible, como la política iluminada por una buena filosofía ofrece al historiador un criterio indispensable de interpretación. Pero de la historia no se pueden deducir sistemas de aplicación infalible para resolver los problemas del día (que es donde tienen puesta su atención los escritores que utilizan la historia para hacer política, como es aún habitual entre nosotros) (...) Y como éste no es susceptible de conocimiento... sino en tanto cuanto el político que estudia la historia enriquece su propia experiencia con el ejemplo de los hombres y los pueblos que han llevado sus comunidades a la prosperidad o a la grandeza”⁶²

Si bien no es intención de este trabajo buscar las influencias intelectuales de los pensadores revisionistas no podemos dejar de mencionar una serie de similitudes entre los discursos de Irazusta, Palacio e incluso Ibarguren con algunas de la premisas básicas del pensamiento maurrasiano.⁶³ Maurrás planteaba que sólo una cosa debía importar: lo verdadero, el conocimiento de lo verdadero y la difusión de ese conocimiento. Pero existe otro deber:

“de establecer una diferencia precisa entre lo que concurrió a fundar nuestro patrimonio y lo que concurrió a fundar nuestro patrimonio y lo que concurrió a despedazarlo.”⁶⁴

Esto nos permite reflexionar sobre el énfasis puesto por los revisionistas para pensar la historia argentina a través de la dicotomía: Rosas como símbolo de la grandeza nacional por

⁶¹ Julio Irazusta: *Vida Política de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Trivium, 1970. p. 22-23. El texto fue redactado en 1935.

⁶² Julio Irazusta, *ibid.*, p. 18.

⁶³ Los editores del periódico *La Nueva República* reconocieron en varias oportunidades las influencias del pensamiento de Charles Maurras en su formación intelectual y política. A su vez, el propio Carlos Ibarguren en sus memorias dice: En Francia, cuya cultura y mentalidad ejercían poderosa influencia entre nosotros, la acción y la prédica del gran político y nacionalista maurras y de la Action Française -descartando la tendencia monárquica-provocaba revuelo en esos momentos, lo que atrajo aquí profundo interés de muchos jóvenes, seduciéndolos y determinando tendencias políticas y sociales definidas en cuanto a combatir el liberalismo y el parlamentarismo...”, en Ibarguren: *La Historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1969, p. 520.

⁶⁴ Charles Maurras: *El orden y el desorden*, Buenos Aires, Huemul, 1964, p. 29.

un lado y Caseros y la Constitución de 1853 como expresión cabal de la frustración y la decadencia. Esta oposición tan drástica permite, a los revisionistas, dividir el mundo político en dos bandos opuestos e irreconciliables, uno vive en el error; el otro sustenta la verdad. Para los autoritarios el liberalismo es en sí mismo un error y tras de sí arrastra una serie de males, podríamos decir subordinado, como la masificación social, las protestas sociales, e incluso las ideas socialistas

Ahora bien, y a pesar de todas las diferencias, de las críticas realizadas a los trabajos de Quesadas y Saldías, los fundadores del Instituto Rosas le otorgan a aquellos el carácter de un revisionismo temprano. Como es obvio están, en algún sentido, hermanándose con intelectuales de una corriente de pensamiento al que combaten desde distintos planos. Vale preguntarse entonces, el porqué de esta actitud. Entendemos que la revisión del rosismo que realizan algunos pensadores liberales resulta, en algún sentido, incomprensible para los sostenedores de ideologías autoritarias y dogmáticas. En segundo lugar, algunos aspectos centrales del positivismo no son opuestos al pensamiento tradicionalista: la necesidad de repensar el pasado, recurrir a amplios fondos documentales y la organización del pensamiento -y el análisis a partir de algunos absolutos- que cobran fuerza de verdad.

Pero, entendemos que existe un hecho clave para entender las posturas de estos dos grupos de escritores con respecto al gobierno de Rosas. La relectura del fenómeno que realizan los pensadores positivistas implica una visión propia del liberalismo, de un liberalismo triunfante, exitoso y muy seguro de su posición, tanto como para pensar en aquellos procesos que debió derrotar -y mantener silenciado- para triunfar y consolidarse. No nos parece que Quesada o Saldías estén contradiciendo los fundamentos del mundo liberal-burgués, más bien todo lo contrario como lo demuestran, además, sus propias trayectorias políticas e intelectuales. En todo caso, están expresando el perfil nacionalista y conservador que paulatinamente iba asumiendo el liberalismo mundial, de ahí la reivindicación de la soberanía nacional y de la necesidad de orden frente a la idea de caos y anarquía. Es claro, además, que la inclusión de Rosas en el estudio de la historia nacional no implica la exclusión -y en muchos casos la reivindicación- de los políticos liberales que organizaron la nación bajo las premisas del liberalismo. Por otro lado, este mismo razonamiento nos lleva a preguntarnos hasta qué punto el revisionismo y sus instrumentos políticos no representan una postura extrema del pensamiento liberal, o al menos de algunos sectores, que sienten una doble amenaza: la de una sociedad masificada y la de una élite en profunda transformación. No podemos desconocer que los pensadores del revisionismo no ocupan una posición similar en la estructura del estado a la que ocupaban sus colegas positivistas.

Finalmente, pensamos que es oportuno remarcar que los historiadores del revisionismo realizaron, y de una manera exacerbada, aquello que criticaron a los historiadores "oficiales" eligieron y estudiaron temas y personajes al tiempo que excluyeron otros muchos procesos y nombres de la historia argentina. Es más, cuando los abarcaron fue bajo la premisa de que significaban el error y la no-historia del país.